

LAS COLECCIONES ETNOGRÁFICAS FUEGO/PATAGÓNICAS EN LOS MUSEOS EUROPEOS*

ALFREDO PRIETO**
RODRIGO CÁRDENAS**

RESUMEN

El presente artículo presenta una descripción general sobre la formación y distribución actual de las colecciones etnográficas de etnias de Fuego-Patagonia en museos europeos. Se discuten las condiciones y procesos sociales que sustentaron la formación de esas colecciones y se sintetizan las características y localización de las colecciones en Europa.

SUMMARY

THE ETHNOGRAPHIC COLLECTIONS OF FUEGO-PATAGONIA IN EUROPEAN MUSEUMS

This paper outlines the establishment and present distribution of ethnographic collections from Fuego-Patagonia in several European museums, and reviews the social conditions and processes that supported the formation of these collections. Additionally, the paper summarizes the characteristics and location of these collections in Europe.

INTRODUCCIÓN

Contar con la mayor información posible acerca del pasado indígena de la región es un anhelo de todos los estudiosos que se abocan a este tema. Sin embargo, el material etnográfico de Fuego-Patagonia se encuentra disperso y pese a los intentos de sistematizar dicha información, aún se adolece de la falta de alguna clase de corpus etnográfico de esta región. El trabajo que sigue da pequeños pasos en este sentido. Se trata igualmente de dar cuenta del ambiente en que se generaron las colectas etnográficas y luego dar a conocer la ubicación de las principales coleccio-

nes de esta índole existentes en museos del extranjero. Así, este trabajo se propone como una vía para acceder de un modo más asequible a la información que cualquier investigador requiera en su estudio.

Se realizó un viaje de estudio que comprendió una estadía de un mes en Europa durante el cual se visitaron los museos Británico, de Copenhague en Dinamarca, de Estocolmo y Gotteborg en Suecia, el Museo del Hombre de París, el Museo Etnográfico de Berlín, el Museo de Historia Natural de Bruselas, el Museo Luigi Pigorini de Roma, el Museo de las Misiones en el Vaticano y el Museo Salesiano de Turín (Cole Don Bosco). El promedio de estadía en cada museo no paso de tres días, descontados los fines de semana en que los especialistas no se encon-

* Proyecto CONADI-UMAG.

** Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. E-mails: aprieto@aoniken.fc.umag.cl y carden18@msn.edu.

traban en los museos respectivos. Cada visita consistió en entrevistas con los curadores de las colecciones sudamericanas, el registro de archivos relativos a Fuego-Patagonia, y en algunos casos, la visita a los depósitos y las exhibiciones.

En este trabajo bosquejaremos primero la idiosincracia de los objetos etnográficos al concentrarnos en las relaciones sociales que permiten la metamorfosis de «cosas» en «objetos etnológicos», en objetos del quehacer científico y así también, en artículos de museos. No delinearemos una historia general de la recolección de objetos etnográficos sino que mas bien nos concentraremos en la recolección de objetos etnográficos por europeos en Fuego-Patagonia, para lo cual recurriremos a obvios reduccionismos históricos que sin embargo nos permitirá recrear un cuadro histórico que destaque los macro procesos que influyeron, con sus distintos acentos, en las condiciones que regularon la recolección y circulación de objetos etnográficos.

Luego, trataremos de evaluar dicho proceso histórico ante las condiciones actuales en que se encuentran tales colecciones etnográficas, y sopesar el aporte de dichas colecciones a la investigación y conocimiento de los pueblos indígenas de Fuego-Patagonia. Es decir, las consecuencias de la acumulación de objetos etnográficos en países del primer mundo en la producción de conocimiento etnológico.

EL CONTEXTO SOCIAL Y ACADÉMICO DEL COLECCIONISMO ETNOGRÁFICO

Así, es posible delinear un cuadro histórico del coleccionismo etnográfico a partir de los propósitos que motivaron a los agentes sociales que recolectaron tales objetos en Fuego-Patagonia. Hemos dividido un cuadro cronológico en tres grandes períodos¹: el primero se sitúa desde el viaje de Fernando de Magallanes hasta finales del siglo XVIII, el otro desde principios del siglo XIX hasta el último cuarto del mismo y finalmente un tercero desde finales del siglo XIX hasta principios del XX.

En la época del Renacimiento, los «des-

cubrimientos» geográficos emprendidos por expediciones europeas despertaron una intensa curiosidad por conocer (y fantasear sobre) la idiosincracia cultural de los pueblos que habitaban tales territorios ignotos para Europa. Las expediciones marítimas de exploración y conquista durante el expansionismo europeo, fueron génesis de una variada gama de relaciones sociales entre europeos e indígenas, dentro de las cuales se dio cabida a la apropiación y/o intercambio de bienes materiales entre tales sociedades. Parte de tales artículos fueron destinados a «evidenciar», entre otras cosas, la diferencia cultural entre el continente americano y el europeo. En este período, los europeos se interesaron por recolectar objetos curiosos y exóticos para ellos que, además de cristalizar diferencias culturales, también evidenciaban el placer estético por la calidad de la manufactura de tales productos, como también el interés (económico) en aquellos objetos elaborados con materiales preciados por la economía europea. Estas colecciones asistemáticas de objetos pasaron a nutrir lo que se considera el preludeo del museo moderno: el gabinete de curiosidades.

A su vez, los primeros navegantes europeos que se aventuraron a adentrarse en las latitudes australes de Fuego-Patagonia vieron a indígenas que poblaban tal territorio como una fuente valiosa de información que eventualmente facilitaría la exploración del área, al utilizarlos como lenguaraces y posibles guías en los territorios adyacentes. Es por esto tal vez que los primeros navegantes se interesaran más por la recolección de individuos vivos que por la recolección de su cultura material, como son los casos de las expediciones de Magallanes (1520), Ladrillero (1558), Sarmiento de Gamboa (1580), Van Noort, y los Nodal (1619)². Además, las expediciones de exploración contemplaban entre sus diversas misiones, el de dar cuenta de la idiosincracia

1 Es preciso señalar que estas categorías no son mutuamente excluyentes y que los distintos estilos de recolección a los que haremos referencia muchas veces coexistieron en un mismo período. Así, estas categorías más bien indican el momento donde comienza a apreciarse un cambio en los criterios que motivaban la recolección de objetos etnográficos, como también modalidad en que se implementaba dicha recolección.

2 Lo que aquí se apunta son las intenciones de tales exploradores, por lo que no es menester asumir que todas estas empresas involucraron *per se* la captura de indígenas o la ausencia de recolección de objetos etnográficos. Si bien esta afirmación es problemática puesto que la ausencia de referencias a la recolección de objetos etnográficos en las "Relaciones" de tales viajes puede tratarse nada más que de una omisión, no nos parece una afirmación imprudente por el hecho de que las expediciones en ningún caso parecían tener como objetivo el de recoger la cultura material de las etnias que habitaban tales territorios (a menos que estos objetos presentaran interés económico para los europeos).

sociocultural de los habitantes de los territorios en cuestión. Tal es el caso que ilustra la real cédula del 29 de mayo de 1555 donde se encomienda ampliar la gobernación de Chile hasta el estrecho de Magallanes; en ella se indica expresamente entre los fines de exploración: *...saber y entender qué población y gente hay en ella, y de qué manera navega aquella costa (...) y qué manera de religión tienen, y si son idólatras, y qué manera de gobierno, y qué leyes y costumbres...y si comen carne humana, y si hay o hubo entre ellos memoria de nuestra religión o de otra secta, y si tiene leyes por elección o suceden por herencia o derecho de sangre, y qué tributos pagan a sus reyes...* (En Oyarzún, 1974).

Por lo mismo, los navegantes europeos estaban dispuestos a entregar a los indígenas una serie de objetos de escaso valor para la economía europea, pero que sin embargo eran entendidos como garantía para establecer relaciones beneficiosas con los indígenas o simplemente como carnada para la captura de tales indígenas³ dado el interés que estos últimos manifestaban en tales objetos. Por ello, objetos destinados a tal efecto eran componentes imperativos de las expediciones, como bien lo ejemplifica una orden del Virrey a Sarmiento de Gamboa:

[Y si haya poblaciones de indios en el Estrecho] *despues de haberlos acariciado y dado de las cosas que llevais de tijeras, peines, cuchillos, anzuelos, botones de colores, espejos, cascabeles, cuentas de vidrio y otras cosas de las que se os entregan, procurareis llevar algunos indios para lenguas a las parte donde fueres de donde os pareciere más a propósito, a los cuales hareis todo buen tratamiento [...] Y no le tomareis cosa alguna contra su voluntad, sino fuere por rescate, o dandolo ellos de amistad* (En Oyarzún, *ibid.*).

También era usual que los navegantes europeos enseñasen objetos a los indígenas, tales como especias o metales valiosos, para preguntarles si era posible encontrar tales materiales en aquellos territorios.

Los indígenas, por su parte, se interesaron en conocer y manipular nuevas materias primas, nuevos instrumentos tecnológicos, bebidas, alimentos, vestimentas y ornamentos. Este interés por materias primas de procedencia europea ya

es patente en el relato de los hermanos Nodal en 1619: [Los indígenas] *Tomaban de muy buena gana cualquier cosa de fierro, y otro cualquiera metal, hasta llevar los brocales de los frascos, que eran de plomo, y todo cuanto podia aver* (En Gusinde 1982:27).

De acuerdo a lo expuesto, es posible argüir que durante los primeros siglos de contacto europeo-indígena, se acentúa una recolección asistemática de objetos etnográficos por parte de los europeos, siendo ésta muy esporádica y circunstancial, lo cual por cierto contribuyó a fragmentar la realidad etnológica. Estas colecciones, como algunas noticias lo apuntan, de preferencia eran entregadas como suerte de ofrendas a los reyes que auspiciaban tales empresas marítimas. Según Gusinde, la primera colección etnográfica de fueguinos en este período se debe a la expedición de los Nodal en 1619. La descripción de este hecho que originalmente aparece en Facalde, indica que los exploradores entregaron *al soberano muchas pieles de lobos marinos, algunas aves vivas y las armas y adornos que habían obtenido de los salvajes de Tierra del Fuego* (En Gusinde, *ibid.*).

Durante el siglo XVIII y la primera parte del siglo XIX vemos la aparición de varias expediciones de carácter científico. Tales expediciones estaban orientadas a la investigación naturalista de las áreas geográficas exploradas y por lo tanto sus colecciones eran mucho más sistemáticas en tales aspectos. Sin embargo, estas expediciones no descuidaron la recolección de objetos etnográficos, los cuales incrementaron considerablemente respecto a la época anterior, aunque no de la manera sistemática que se va a conocer en el tercer período. En esta época cabe incluir por ejemplo las colecciones emprendidas por las expediciones de Cook, Parker King y Fitz-Roy. Debido a que estas expediciones estaban dotadas con tripulantes entrenados en la descripción científica, es común notar observaciones más detalladas sobre las poblaciones indígenas, como a su vez un material gráfico más refinado fruto de los ilustradores que eran parte de tales empresas. Si bien las colecciones parecen aumentar considerablemente, los criterios de recolección permanecen muy vagos. Al mismo tiempo, la más de las veces, los objetos son considerados como curiosidades, es decir, no entendidos como materia de estudios sistemáticos. Tal es el caso, por ejemplo, de los materiales recolectados por la expedición del capitán Cook, los cuales fueron clasificados en Inglaterra bajo el epígrafe de «curiosidades

3 Existen varios relatos en los cuales se describe el modo en que los navegantes utilizaban la dádiva de bienes materiales a indígenas para de esta manera poder capturarlos. Véase por ejemplo Pigafetta sobre la captura de indígenas en San Julián.

artificiales», para diferenciarlas de las curiosidades naturales (Braunholtz 1938:4).

Finalmente, en la segunda mitad del siglo XIX se dibuja un escenario que va a dar nuevos contornos al papel de las colecciones etnográficas y por lo tanto a su producción y estudio. En esta época, la ciencia gozaba de una indiscutida legitimidad como método de producción de conocimiento, y en este contexto emergen diversas agrupaciones científicas que van a especializarse en los estudios antropológicos y etnológicos⁴. Unido a lo anterior ocurren dos procesos que van a influir en la importancia de la etnología. Por una parte se encuentran los revolucionarios planteamientos de Darwin sobre la evolución de las especies, ideas que más tarde se transplantaron al plano de las ciencias sociales bajo el darwinismo social. Por otro lado, están los logros de las entonces denominadas «ciencias históricas», tales como la geología, paleontología y arqueología, las cuales contribuyeron a ampliar los horizontes de tiempo histórico a los que estaba circunscrita la historia natural y cultural del planeta.

Aquí, las ciencias sociales comienzan a consolidarse como productoras de conocimiento legítimo y a su vez pasan a jugar un papel importante en el diseño de políticas gubernamentales, que en el caso de la antropología, se traducen en su instrumentalización al servicio del colonialismo. En el caso chileno, por ejemplo, observamos como la investigación sobre los fueguinos emprendida por Gusinde, se materializa ante su comisión mediante decreto por el gobierno chileno. Todo esto da cuenta de la importancia que adquiere para los sistemas gubernativos el conocer las características socioculturales de distintas etnias bajo su jurisdicción, lo cual era entendido como base para la generación de programas políticos concebidos para incorporación de tales habitantes y sus territorios al sistema estatal.

Los museos por su parte, durante la segunda mitad del siglo XIX, sufrieron una importante transformación. Originalmente los museos y colecciones de arte estuvieron bajo la propiedad privada de aristócratas y burgueses, quienes utilizaban estas colecciones para públicamente ostentar su estatus social dominante. Después

de un lento proceso iniciado luego de la Revolución Francesa, los museos comienzan a ser accedidos por el público en general⁵ y fueron incorporados en los planes gubernativos de instrucción cívica. Fue durante la segunda mitad del siglo XIX donde los museos comenzaron a incorporar significativamente colecciones etnográficas, las cuales aumentaron considerablemente (ver Braunholtz, 1938). En cierta medida, es justamente al alero de los museos donde se prepara la antesala de la institucionalización de la antropología⁶. En este contexto se produce una transformación en el estatuto de los objetos etnográficos, objetos que otrora eran solo objetos de la curiosidad arraigados en el exotismo o en el placer estético, ahora pasan a jugar un rol en el quehacer científico, pasan a constituir, por decirlo de una manera, la materia prima sobre la cual se produciría nuevo conocimiento científico. Así, el interés impuesto por una elite intelectual-científica (aristocrática y burguesa), proporciona la base sobre la cual se sustenta la valoración de objetos etnográficos como objetos dignos de ser coleccionados, un proceso donde la información prima por sobre el goce estético. Los objetos etnográficos eran tratados como evidencia cultural y por lo tanto como evidencia de las teorías sociales emergentes que más tarde pasaron a dominar el escenario de las ciencias sociales. Así, por ejemplo el padre de la antropología institucional británica, Tylor, se refiere en estas palabras a los materiales etnográficos: *para trazar el desarrollo de la civilización y las leyes por las cuales se rige, nada es más valioso que la posesión de objetos materiales* (citado en Marett, 1936:15). Los objetos pasan a ser la evidencia del teorizar sociológico, y así, la rudimentariedad de los objetos es la evidencia del atraso cultural, de las limitaciones cognitivas, o de que el medio ambiente natural constriñe el desarrollo cultural. Los objetos pasan a ser considerados, bajo la influencia de Tylor, como «sobrevivencias» del pasado cultural de la humanidad y por ello comienzan a considerarse como los eslabones por medio de los

4 Por ejemplo, se funda en Francia en 1839 la *Société Ethnologique* de Paris, en Inglaterra en 1846 la *Ethnological Society* y en Alemania en 1869 la *Deutsche Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*.

5 En el caso de Inglaterra, para fines del siglo XIX los museos no sólo pensaron en la incorporación de las clases medias y bajas en los programas de visita de tales instituciones, sino que además se crearon programas pedagógicos especiales destinados a incorporar niños y mujeres (ver por ejemplo Bennet, 1997).

6 Quatrefagues comienza a dictar la primera cátedra de antropología en 1855 bajo el alero del Museo Nacional de Paris. Es similar el caso de la antropología británica, para lo cual se puede ver Keuren, 1989.

cuales se puede reconstruir la historia cultural de la humanidad. Las colecciones presentaban la ventaja de centralizar fuentes «primarias» de información, ante lo cual se veía enormemente simplificado el trabajo comparativo (comparación de diferentes culturas), piedra angular de las especulaciones teóricas que caracterizaron las primeras teorías antropológicas.

Por la misma importancia teórica de las colecciones, se comenzaron a delinear métodos de recolección y conservación de tales materiales, y el coleccionismo se enfrentó a problemáticas tales como la representatividad de los materiales o la autenticidad de los objetos (ver British Museum, 1925).

Las primeras escuelas etnológicas tendieron acentuadamente a preocuparse por los orígenes, al igual que la paleontología, y gracias en parte a las descripciones hechas por Darwin sobre los fueguinos, se entendía que en Fuego-Patagonia habitaban las culturas que evidenciaban ese primitivismo que en otras zonas del planeta ya se había extinguido.

El museo pasó a cristalizar un renovado discurso de poder. Por sobre todo las teorías evolucionistas tendieron a legitimar las jerarquías de clase y raciales al hacerlas parecer como naturales, como parte del curso de la historia natural del planeta. El caso paradigmático es el museo Pitt-Rivers donde las colecciones están organizadas dentro de esquemas evolucionistas. Así, los museos no sólo fueron el producto de una mentalidad sino que además contribuyeron a constituir esa mentalidad y a legitimarla.

El peso de las elites intelectuales y sus instituciones (universidades, museos, la circulación de libros, etc.) fundamentaron la transformación de objetos etnográficos en mercancías, objetos de comercio. Así, debido al nuevo valor de las colecciones, también se comenzaron a producir nuevos criterios para la evaluación del valor de las colecciones etnográficas, tales como la completitud de los materiales etnográficos, la singularidad-rareza de los objetos, la antigüedad, su asociación a bibliografías (a quienes pertenecieron, por quien fueron recolectados), etc. Así, nace también un mercado, mercado que en alguna medida esta regulado por la importancia que museos e instituciones intelectuales dan a tales objetos en un tiempo determinado (por ejemplo, el apetito de los museos por objetos de fueguinos pudo variar en el tiempo [diversos intereses intelectuales, teóricos, etc.]). La formación de este mercado es manifiesto en la existencia de pro-

ductores, proveedores, intermediarios y consumidores de bienes etnográficos, lo cual se materializa por ejemplo, en el surgimiento de tiendas que venden objetos indígenas, o en el incremento de saqueadores de sitios arqueológicos. Una pieza tiene valor, económico y cultural, en tanto es respaldada por la opinión de expertos, es decir, sin capital cultural no hay capital económico⁷.

En el coleccionismo hay además otra función política. Las instituciones que logren resolver más eficientemente el problema de abastecimiento de objetos y que logren integrar colecciones más completas, son consideradas mejores instituciones. Es una función social de prestigio y de distribución jerárquica de recursos. Las instituciones con menor poder (de compra, de adquisición) tenderán a redirigir sus recursos para especializarse en colecciones específicas (por ejemplo restringirse a una etnia en particular o a un periodo específico) puesto que en las colecciones no sólo hay una necesidad, en este caso cognoscitiva, sino también un estatus (político). Por otro lado, las donaciones de objetos a museos eran practicadas por personas o instituciones con prestigio social. Así, estas personas utilizaban tales donaciones como una manera de «invertir» recursos para perpetuar relaciones sociales que sustentan su posición social, para consolidar el reconocimiento social, o dicho en otros términos para intercambiar esos objetos por capital social (reputación, renombre, fama) (Bourdieu 1986). Es por ello que las donaciones son siempre etiquetadas bajo el nombre del donante o de quien colectó los objetos, para que cuando esos objetos sean exhibidos públicamente quede claro el rol del recolector y se reafirme su prestigio social (incluso cuando la más de las veces el productor de esos objetos, el indígena, permanece en el anonimato).

Adicionalmente, emergieron una serie de problemas epistemológicos debido a la emergencia del mercado de objetos etnográficos, como por ejemplo, los criterios que definen la autenticidad de la pieza como legítimamente etnográfica. La autenticidad, aunque varía de caso en caso, se refiere al mecanismo que permite reconocer una pieza como propiamente etnográfica, es decir, como apropiada para los estudios etnológicos sobre la etnia en cuestión. Por ello, los criterios de autenticidad se van a corresponder a los criterios teóricos que motivan la recolección

7 Sobre los tipos de capital ver Bourdieu, 1986.



Fig. 1. Exhibición de fueguinos en Europa.
Reproducida con el permiso del Museo Nacional de Etnografía, Estocolmo, Suecia.

de objetos y su estudio.

Aunque esta condición varió a medida que nos acercamos a tiempos más recientes, la constante fue la de recolectar objetos que tenían algún grado de elaboración por parte de los sujetos etnográficos. Así, toda la materia prima que se generó fruto del intercambio (la más de las veces asimétrico) entre europeos e indígenas era permitida como etnográfica, sólo en tanto sufría una transformación por parte de los indígenas, es decir, materiales como vidrio, metales, etc. sólo eran recolectados en el modo de puntas de proyectil, como aretes, etc.

Esto se ve reflejado en los criterios de recolección de objetos, como también en las descripciones etnográficas de muchos etnógrafos. Gusinde, por ejemplo, cuando fotografió a los fueguinos, trató en lo posible de crear la ilusión de una pureza cultural, descuidando u ocultando todos aquellos aspectos adaptativos y transformaciones (tales como sincretismos y aculturaciones) sufridas por los indígenas frente a la colonización europea. Existe una distorsión histórica y una maquillación de la cultura (Cárdenas y Prieto, 1999).

Lovisato, por ejemplo, ejemplifica la preocupación de los etnógrafos con la autenticidad de las piezas, y cómo los criterios que definen la

autenticidad de los objetos está determinada también por la orientación teórica en torno a lo original. Lovisato se empeñaba en retornar a las condiciones originales de producción de los objetos: *Debo, sin embargo, observar que, cuando Goachinimes estaba por completar la punta de flecha con las aletas, sacó de su saquito un pedazo de fierro y con ello con dos golpes formó una aleta antes que yo le avisara mediante el intérprete Paiunan, pues deseaba que me hubiera completado la punta de flecha con el mismo hueso, lo que hizo posteriormente para formar la otra aleta* (Lovisato 1884:195; en Nami 1985-86:131).

El valor de objetos etnográficos contribuyó además a cosificar a los indígenas. Los cuerpos de indígenas fueron tratados despersonalizadamente, anulando al individuo, cosificándolo en el objeto. Fueron tratados como una valiosa pieza que puede contribuir a esclarecer el conocimiento sobre la evolución humana, y por ello, quienes visitaron Fuego-Patagonia con el propósito de coleccionar objetos etnográficos, no escatimaron recursos para abrir tumbas de indígenas para poder obtener las osamentas que servirían para los estudios de antropología física, como lo ejemplifican los casos de Gusinde y Hyades (Gusinde 1982; Hyades y Deniker 1891). Este es también el caso de los "zoológicos" humanos donde los



Fig. 2 Una vista de objetos fueguinos (quillango y cestos de juncos) en el deposito de colecciones del Museo Etnográfico de Berlin.

indígenas eran exhibidos publicamente en las grandes urbes europeas (Fig. 1). Esto queda de manifiesto en el caso de un grupo de kawéshkar que fue llevado a Europa en 1881: *Los casos de muerte de algunos miembros del grupo en Zürich desató una verdadera carrera entre los científicos, pero no para dispensar a los aún vivientes de la mejor atención médica, sino para llegar a poseer alguna de las partes del cuerpo del muerto conservadas en alcohol* (Eissenberger, 1993:87).

Levi-Strauss comenta al respecto: *La antropología es hija de ésta era de violencia: su capacidad de evaluar mas objetivamente las características concernientes a la condición humana reflejan, al nivel epistemológico, una situación en la cual una parte de la humanidad trata a otra como a un objeto* (Levi-Strauss 1966).

El tipo de relaciones establecidas con los indígenas determinaba de algún modo el tipo de intercambio de objetos entre europeos e indígenas. No era lo mismo el encuentro y/o intercambio de objetos con un desconocido joven naturalista como Skottsberg que uno con la familia Bridges (ampliamente conocidos por los nativos de Tierra del Fuego). Skottsberg describe de esta

manera una instancia de intercambio de objetos con indígenas:

Al próximo día, acudimos a la costa para visitar su campamento. Mientras viajábamos vimos que mujeres y niños arrancaban de sus chozas por medio de un estrecho sendero que se perdía en la densa foresta- tal retreta parece ser construida en cada uno de los campamentos-, mientras que los hombres se congregaron en frente de sus habitaciones amenazándonos con piedras, palos y una suerte de garrote, el cual despertó nuestra curiosidad. No nos permitieron desembarcar sino hasta que les prometimos dejarles una escopeta que traíamos detrás de la yola; Emilia tuvo muchas dificultades tratando de convencerles. En el instante, los garrotes desaparecieron. Fue en vano preguntar por ellos, y fue inútil buscarles por todas partes; los indígenas sólo sacudían sus cabezas, probablemente sospechando que luego de que le despojáramos de sus armas les atacaríamos. Fue sólo luego de un largo parlamento y abundantes regalos de tabaco y biscochos, que uno de ellos desapareció detrás de una de las chozas y regresó con un garrote, el cual nos fue regalado (Skottsberg, 1911: 96).

Otros objetos fueron simplemente abandonados por los nativos en su huida. Lista al visitar una habitación indígena cerca del cabo Peñas la describe como sigue: *Hallamos algunos perros, muchas pieles de zorro y guanaco, pederuales tallados, grandes fragmentos de pirita de hierro, trozos de cobre nativo, pequeños huesos pulidos y desgastados en sus extremidades, saquitos con pintura colorada, hachas de metal, de algún buque perdido en la costa, y muchas otras menudencias para usos diversos, como limas, clavos, punzones, cuchillos de fabricación europea, baquetas de fusil, cápsulas de revólver y hasta frascos de salsa inglesa* (Lista 1887:100). Otro tanto ocurrió con Serrano Montaner en la parte norte de Tierra del Fuego. Este viajero colectó objetos abandonados para el Museo de Historia Natural de Santiago⁸.

Como mencionamos anteriormente, la recolección de objetos estaba guiada por los particulares criterios que definían qué artículos indígenas son de "real interés". Por ejemplo, volviendo



Fig. 4. Mujer y niño Selknam con sus atavíos y perro. Esta es una de las pocas fotografías en que aparece retratado con tanta claridad el llamado perro fueguino. Reproducida con el permiso del National Museum of Ethnography, Estocolmo, Suecia.

al relato de Lista, éste describe la cultura material que encontró en la vivienda indígenas en los siguientes términos: *había en ellos algunos utensilios de cocina, sacos de cuero con pederuales y pinturas, y otras chucherías que no merecen mención* (Lista *ibid.*, 72).

Así, a grandes rasgos, estos fueron los diversos contextos sociales que sustentaron la formación y distribución de las colecciones etnográficas. Pero es preciso mencionar que la vida de estos objetos no se detuvo en el museo que originalmente les dio cabida. Un par de colecciones regionales vistas en Copenhague y el Museo Británico fueron obra de intercambio entre Museos, la de Copenhague con piezas vendidas por Bove al Museo Etnográfico Luigi Pigorini⁹ y la del Británico con piezas vendidas por Schythe al Museo Etnográfico de Berlín. Es interesante este tipo de intercambio ya que pudo depender de las ausencias de registro de partes del mundo por partes de los museos en su afán de universalidad y porque refleja el



Fig. 3 Máscara de corteza colectada por Martin Gusinde en Tierra del Fuego y que se encuentra actualmente en el Museo Vaticano.

- 8 Abandonaron además algunos canastitos, una bolsita con tierra fina muy colorada que usan para pintarse y algunas piedras minerales, chismes que fueron todos recogidos para nuestra colección (Serrano Montaner, 1880:170).
- 9 Por ejemplo, el catálogo del Museo Pigorini señala bajo el número de ingreso número 55696 que «un ornamento yagán colectado en 1888 fue intercambiado al Museo Etnográfico de Copenhague, Dinamarca» (Catálogo del Museo Etnográfico Luigi Pigorini, Roma, Italia.)



Fig. 5 Miembro de la Expedición Vanadis colectando objetos junto a una choza indígena abandonada. Reproducida con el permiso del Museo Nacional de Etnografía, Estocolmo, Suecia.

hecho que los objetos etnográficos se transforman en mercancías.

LAS COLECCIONES FUEGO PATAGÓNICAS EN EUROPA

Las colecciones se encuentran en buen estado de conservación (Fig. 2), sin embargo no todas se hallan registradas de un modo de fácil acceso. Las hay en idiomas extranjeros de diversa índole, varias incluso manuscritas. Hay casos, como en el del Museo Vaticano, en que aun no existe un registro de las colecciones, aunque recientemente éste se encuentra en proceso de elaboración. En la exhibición correspondiente hay una tienda de cuero de guanaco, Selknam, pintada de rojo y una máscara de corteza, ambas donadas por Martín Gusinde (Fig. 3). Por otro lado, muchos museos de ciudades pequeñas poseen colecciones donadas por marineros del lugar o emigrantes que enviaban estas "rarezas" a sus museos locales. Se trata en este último caso de pequeñas colecciones de poca envergadura. Aún quedan otras grandes ciudades por investigar, las cuales no son capitales o no poseen museos nacionales, en ellas podría haber una que otra co-

lección de importancia, tal como la Colección Hagenbeck de Hamburgo, la que no fue visitada. Se puede mencionar a este respecto también el ejemplo de la localidad de Tunbridge Wells en Inglaterra, sede actual de la *South American Missionary Society*, en la que se encontró valioso material fotográfico y documental referido a nuestra zona.

Se rescataron también algunos valiosos textos inéditos referidos a los indios de Patagonia y Tierra del Fuego, algunos editados también pero desconocidos para nosotros (la expedición Vanadis por ejemplo. Fig. 4 y 5).

En cuanto al conjunto total de catálogos de objetos en los museos, se relevó información sobre 2.343 objetos y 114 fotografías, muchas de ellas ya conocidas. El Museo Etnográfico de Berlín es el que posee la mayor cantidad de piezas etnográficas, 924, cerca del 50 por ciento del total. Le sigue el Museo Salesiano de Cole Don Bosco, Turín, con 451 piezas (en éste habían nada menos que más de una centena de flechas) y el Museo del Hombre en París con 197 objetos.

Todo este conjunto de información no pretende haber relevado todo lo referido a Fuego-Patagonia pero sí una buena parte de él. De

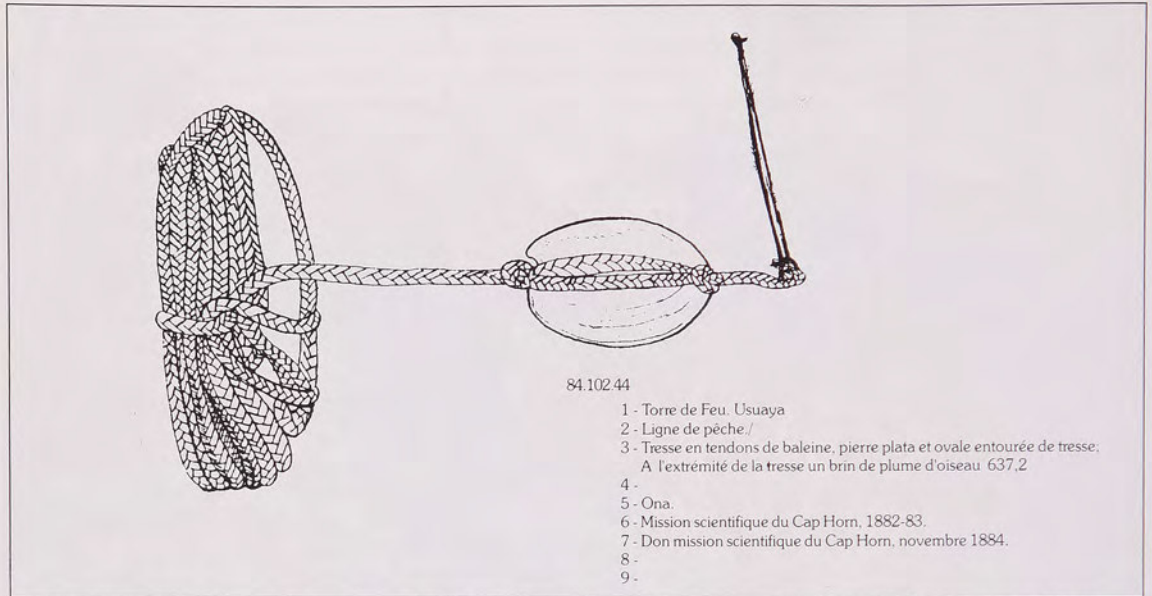


Fig. 6 Reverso de una ficha de ingreso de una línea de pesca colectada en Tierra del Fuego por la Misión Científica del Cabo de Hornos (Museo del Hombre, París, Francia).

hecho el listado de Estocolmo no se pudo obtener en su momento. Se trata principalmente de la colección Skottsberg y tal vez la de Nordenskiöld y la de la expedición Vanadis mencionada (Etnografiska Museet, 1984).

Respecto a cómo se formaron estas colecciones hubo varias vías. Destacan primeramente las colecciones hechas ex profeso por misiones científicas o por funcionarios gubernamentales. Es el caso del núcleo de las colecciones del Museo del Hombre o del Museo Etnográfico de Berlín, las cuales fueron nutridas primordialmente por la Misión Científica del Cabo de Hornos (Fig. 6) y las de Rousson y Willems en el caso del Museo del Hombre, y el antiguo gobernador de Magallanes Jorge Schythe, en el caso del Museo Etnográfico de Berlín. Otro tanto ocurre con las colecciones entregadas por Karl Skottsberg en Suecia, por Giacomo Bove en Italia o los salesianos en Turín. Skottsberg, por ejemplo, quien estuvo en la región entre 1908/1909, señala que colectó la casi totalidad del contenido de una canoa, además de la misma embarcación, la que se encuentra en la actualidad en Estocolmo.

Uno de los tempranos colectores en la zona fue el filibustero Strong (Martinic 1977) que tomó algunos collares, de entre los canoeros al parecer, hacia fines del siglo XVII. Estas piezas pasarían a formar parte de la colección Sloane, base posterior de la colección del Museo Británico (Bezanilla 1997).

Durante el desarrollo de la Misión Hidrográfica inglesa (1826-1834), Darwin, Parker King o Fitz-Roy, Graves, entre otros, colectaron piezas. Otros colectores son más anónimos, aunque no menos importantes como un tal Mallman responsable de muchas piezas de la colección del Museo Etnográfico de Berlín. Más tardías, pero de gran importancia, fueron las de Martín Gusinde, hoy en Viena, o la de Karl Hagenbeck en Hamburgo, o la de Wellington Furlong en Norteamérica. Hay otras importantes colecciones en Sudamérica, principalmente en el Museo de la Plata y Museo Etnográfico de Buenos Aires (Martinic 1995), además de nuestro propio Museo Nacional de Historia Natural en Santiago.

Las colecciones no se encuentran expuestas al público en su totalidad, la mayoría de las piezas se hallan en bodegas aunque en buenas condiciones de conservación. Algunas de estas colecciones han sido estudiadas y dado origen a publicaciones temáticas referidas a aspectos particulares (Borrero y Franco, 2001) o han sido parte de estudios monográficos, como historias de la navegación o la técnica de la cestería en que se publican datos referidos a Fuego-Patagonia, pero en una escala comparativa universal.

En muchos casos la proveniencia geográfica exacta de los objetos no está bien especificada, se indica que la colección viene de Patagonia o Tierra del Fuego simplemente. Esto dice relación con el conocimiento geográfico de

las zonas en cuestión. La tipificación de las zonas avanzaría con la cartografía y con el consecuente conocimiento de ella por parte de los colectores.

Los primeros objetos llevados a Europa no se conservaron o no se encuentran catalogados correctamente. Es probable que el Museo Vaticano contenga piezas muy antiguas, por la costumbre que se tenía de regalar a los Papas objetos traídos de los viajes de ultramar. O en España por la misma costumbre aunque esta vez con los reyes, como se ha mencionado anteriormente. Esto debiera ser objeto de una búsqueda especial.

En general, la funcionalidad de los objetos recolectados en Fuego-Patagonia (cestos, puntas de proyectil, etc.), aparecen correctamente identificadas por varios estudios, tales como los casos de la Misión Científica del Cabo de Hornos para los Yámana, el de Martín Gusinde para Selknam, Yámana y Kawéshkar y varios pequeños trabajos referidos a los Aonikenk (Martinic 1995).

Sin embargo un conocimiento de las existencias podría producir un mejor y más eficaz estudio de distintos aspectos de la etnología regional, acerca de diferencias culturales, préstamos, intercambios (obsidiana verde, pirita...), etc. Así, los contactos interétnicos revelados por la cultura material puede resultar de gran ayuda para entender el pasado remoto de estas etnias, su continuidad y/o cambio. Las caracterizaciones hechas sobre la base de los cabezales de arpón para distinguir una etnia de canoeros de otra parece aplicable en términos arqueológicos (Ocampo y Rivas 1996a, 1996b). La arqueología vista como ciencia de la tecnología del pasado puede obtener un rendimiento mayor al enfrentarse a la cultura material en un contexto funcional y sistemático.

Las colecciones etnográficas de Fuego-Patagonia pueden generar variados estudios de diversa índole, sus relaciones con lo arqueológico han sido tratadas por Borrero y Franco (2001), en el caso del Museo Británico. Otros elementos como las relaciones entre la antropología física/biológica, la lingüística, la arqueología y la etnografía, pueden aportar significativamente a los estudios locales. Así, la colección Schythe, tomada entre los aonikenk hacia 1850 en Punta Arenas (Martinic 1995) muestra una cultura tremendamente influida por los mapuches en lo que a cultura material se refiere, tal vez más específicamente la del plano estético. Otro tanto ocurre con algunos hallazgos arqueológicos en Magalla-

nes centro oriental (Martinic y Prieto 1985-1986 Prieto y Schidlowsky 1992) los que mirados desde lejos y con simpleza, podría hacer pensar que los propios mapuches habitaron hasta el estrecho de Magallanes, sin considerar los datos biológicos y lingüísticos que muestran otro panorama. Parte de la colección Schythe de Berlín, intercambiada con el Museo Británico, estaba adscrita a mapuches. Se trata entonces de devolver a los materiales a su contexto a través del estudio, de problematizarlos. Para ello se hace necesario un buen conocimiento de las fuentes, del modo de adquisición de los objetos. ¿Hay diferencias en la cultura material allí donde existían formas dialectales diferentes¹⁰ o límites físicos importantes?, como se cree era el caso de los canoeros occidentales o de la división entre selknam del norte y del sur. Una cuestión tal podría resolverse al comparar áreas y épocas de recolección de objetos presentes ahora en museos.

CONCLUSIONES

Este estudio no pretende más que conocer la ubicación y cantidad de material etnográfico fuego-patagónico en museos de Europa. La finalidad es poner a disposición de los investigadores un listado de los objetos de modo que sepan dónde acudir para la resolución de sus intereses particulares. A este fin, algunos de los museos contaban con descripciones, fotos y dibujos de los materiales, otros no; de modo que resta traducir algunos de los catálogos para realizar un conteo de los objetos. A primera vista, sin embargo, prima la presencia de armas, sean arpones, arcos, flechas y boleadoras, pero también canastos de junco y otras especies, presencia esta, reveladora del ocaso de las etnias en que tales objetos ya no están funcionando sistemáticamente, de modo que los nativos se desprendían por distintos motivos de ellos. Revelan también el sesgo de los coleccionadores y los principios que las rigen. La colección de objetos rituales tendría su auge con Gusinde, quien estaba particularmente interesado en ello debido a su lucha teórica con los evolucionistas (Cárdenas y Prieto 1999).

Desde la publicación en español de la

10 Skottsberg señala que su guía Emilia, originaria de los alrededores de puerto Gallant en el Estrecho, podía entender el dialecto de los habitantes del canal Smyth y el de los del Skyring, pero no aquel de puerto Grappler o Puerto Edén.

obra de este último autor, los fueguinos han sido conocidos por el notable desarrollo de su vida espiritual, han sido admirados y hoy entran en el imaginario de la identidad de esta región. Es necesario sin embargo seguir reconstruyendo la imagen de los pueblos que habitaron esta zona. Por ejemplo, en San Agustín, cerca de Viena hay más de un millar de fotografías tomadas por Gusinde durante su viaje de investigación a la región, en parte financiado por el gobierno de Chile. Este es un patrimonio rescatable.

Como correlato de este estudio se conserva ahora en la Biblioteca de la CONADI regional la mayoría de los catálogos de los Museos referidos anteriormente, además de algunos documentos inéditos recuperados, como también copias de fotografías de indios de la región. Este trabajo debe ser completado con otros archivos, sean documentales, fílmicos, sonoros, fotográficos, etc. que sabemos existen repartidos en distintas instituciones del mundo.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos cordialmente a Nelson Aguilera, Dominique Legoupil, Denis Chevally, Collin McEwan, Clara Bezanilla, Luis Borrero y Nora Franco. Además deseamos agradecer a los encargados de las colecciones sudamericanas de los diferentes museos etnográficos visitados y al personal encargado de los registros, biblioteca y otros servicios en los cuales fuimos atendidos con gran solicitud. A la Dra. Berete Due de Copenhage, al Dr Steffan Brunius, Sanna Torneman y Anita Utter de Estocolmo, al Dr. Isaacson de Goteborg, al Dr. Richard Haas de Berlín, al Dr. Daniel Levine del Museo del Hombre de París, a la Dra. María Camila de Paula, Silvia y Loredana del Museo de las misiones en Cole Don Bosco Turín, a Carlo Nobili en Roma y finalmente a Gabrielle Eissenberger que puso amablemente a nuestra disposición su libro sobre las exhibiciones de indígenas en Europa.

BIBLIOGRAFÍA

- APPADURAI, A. (Ed.) 1988 [1986] *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press.
- BENNETT, T. 1997 Regulated restlessness: museums, liberal government and the historical sciences. *Economy and Society*, Vol. 26, No. 2, 1997: 161-190.

- BEZANILLA, C. 1997 *Tierra del Fuego Collections*. MS.
- BORRERO, L. y N. FRANCO 2001 Las colecciones líticas del Museo Británico. *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas*, Vol. 29:207-210.
- BOURDIEU, P. 1986 The (three) Forms of Capital en: John G. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research in the Sociology of Education*, New York/N.Y. & London: Greenwood Press, pp. 241-258
- BRAUNHOLTZ, H. 1938 Presidential Address, 1938. Ethnographical Museums and the Collector: Aims and Methods. *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, Vol. 68. (Jan.-Jun. 1938), pp. 1-16.
- BRITISH MUSEUM 1925 *Handbook to the ethnographical collections*. Oxford University Press.
- CÁRDENAS, R. y A. PRIETO 1999 Entre los fueguinos: ¿Una reacción antievolucionista de la escuela histórico-cultural? *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas*, Vol. 27: 89-98.
- COPPINGER, R.W. 1883 *The cruise of the Alert* W. Swan Sonnenschein and Co. Ed., London.
- EISSENBERGER, G. 1993 *Exposiciones de pueblos latinoamericanos en Alemania durante la segunda mitad del siglo XIX*. Traducción de Carlos Brickman. MS.
- FITZ-ROY, R. 1932 *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S.M. "Adventure" y "Beagle" en los años 1826 a 1836*. Tomos I,II y III, Biblioteca del Oficial de Marina. Buenos Aires.
- GUSINDE, M. 1982 *Los indios de Tierra del Fuego. Los Selk'nam*. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires.
- HOBSBAWN, E. 1998 *La Era del Capital, 1848-1875*. Editorial Crítica, Buenos Aires, Argentina.
- HYADES, P y J. DENIKER 1891 *Mission Scientifique du Cap Horn(1882-1883) Tome VII Anthropologie, Ethnographie*. Gauthier-Villars et fils Imprimeurs-Libraires. Paris.

- KEANE, A. 1896 *Ethnology*. Cambridge University Press.
- KEUREN D. 1989 Cabinets and culture: Victorian anthropology and the museum context. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, Vol. 25, pp. 26-39.
- LAGERCANTZ, K. 1984 Vad dokumenterade vanadisfotografen? En: *Resa med Vanadis*. Etnografiska Museet. Sweden. pp 53-84.
- LATORRE, J.J. 1880 Exploración de las aguas del Skyring. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, Tomo VI.
- LEVI-STRAUSS, C. 1966, Anthropology: Its Achievements and Future, *Current Anthropology* 7(2):126
- LISTA, R. 1887 *Viaje al país de los Onas, Tierra del Fuego*. Buenos Aires, A. Nuñez.
- LOVISATO, D. 1883 Di alcune armi e utensili dei Fueghini, e degli antichi Patagoni. *Atti della Real Accademia dei Lincei*, anno CCLXXX, 1882, Serie terza, Memorie della classe di Scienze morali, storiche e filologiche, Roma, pp. 194-202.
- MALDONADO, R. 1907 Exploración del seno Skyring por la cañonera *Magallanes* y el escampavía *Huemul*. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo 26:353-544.
- MARTINIC, M. 1977 *Historia del Estrecho de Magallanes*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
1995 *Los Aonikenk*. *Historia y Cultura*. Ediciones de la Universidad de Magallanes. Punta Arenas.
- MARTINIC, M y A. PRIETO 1985-1986 Dinamarquero, encrucijada de rutas indígenas. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Vol. 16:53-83.
- MARETT, R. 1936 *Tylor*. New York, J. Wiley & sons, inc.
- NAMI, H. 1985-1986 Algunos datos para el conocimiento de las tecnología de instrumentos tallados de las sociedades cazadoras y cazadoras-recolectoras de Tierra del Fuego (siglos XIX y XX). *Anales del Instituto de la Patagonia*, Serie Ciencias Sociales. Vol. 16:125-135.
- OCAMPO, C. y P. RIVAS 1996a Caracterización arqueológica preliminar del suroeste de la Tierra del Fuego. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Serie Ciencias Humanas, Punta Arenas, Vol. 24:125-151.
1996b Arqueología del suroeste de la Tierra del Fuego: Río Bueno y Puerto Arturo (Proyecto Río Cónдор). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, N° 23:25-30.
- OYARZÚN, J 1976 *Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.
- PIGAFETTA, A. 1969 *The Voyage of Magallanes. The Journal of Antonio Pigafetta*. University of Michigan, Ann Arbor.
- PEARCE, S. (Ed.) 1989. *Museum Studies in Material Culture*. Leicester University Press, Worcester, Inglaterra.
- PRIETO, A. y V. SCHIDLOWSKY 1992 Enterratorio de una niña aoniken en laguna Sota. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Serie Ciencias Humanas, Punta Arenas (Chile), Vol. 21:63-72.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P. 1988 *Los viajes al Estrecho de Magallanes*. Alianza Editorial, Madrid.
- SERRANO MONTANER, RAMÓN 1880 Diario de la excursión a la isla grande de la Tierra del Fuego durante los meses de enero i febrero de 1879. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile* 6:151-204.
- SKOTTSBERG, C. 1911 *The Wilds of Patagonia*. Edward Arnold, Londres.
- STOCKING, G. (Ed.) 1985 *Objects and Others. Essays on Museums and Material Culture*. History of Anthropology, Vol. 3. University of Wisconsin Press.
- THOMAS, N. 1989 Material Culture and Colonial Power: Ethnological Collecting and the Establishment of Colonial Rule in Fiji. *Man*, New Series, Vol. 24, No. 1. (Mar., 1989), pp. 41-56.